

## DILEMA MORAL – Curso 2019-2010

### TEMA DE REFERENCIA: EL PODER DEL MITO

Jerusalén, año 33 d.C., día de la Pascua judía. Te diriges al mercado con la intención de hacer unas compras para la cena que ha preparado tu maestro y a la que también irán tus otros once compañeros. Habéis recorrido la provincia de Judea con él viéndole hacer milagros, ayudando a los pobres, curando a los enfermos, etc. El pueblo le adora y, sin ir más lejos, hace unos pocos días entró en la ciudad siendo aclamado como un rey o un dios. Ahora bien, no todo es perfecto. La fama de Jesús —que así se llama tu maestro— incomoda a los poderosos y, sobre todo, a los sacerdotes del templo de Jerusalén. Desde que expulsó de allí a los mercaderes y ridiculizó a los religiosos delante de los fieles, estos lo tienen en el punto de mira y están utilizando todos sus contactos para acabar con él.

Tú, sin embargo, estarías bastante tranquilo si no fuera por una confesión que os hizo antes de ayer: “Sabéis que dentro de dos días es la Pascua y el Hijo del hombre será entregado para que le crucifiquen”. Es verdad que el maestro nunca se equivoca y que tú crees que es el hijo de Dios, pero ¿quién iba a traicionarle y a confesar falsamente algún delito en su contra para que le condenen a la cruz? Todos los que han tratado directamente con él han salido beneficiados de una forma u otra y sus discípulos, entre los que te cuentas, darían su vida por él si fuera necesario. ¿Puede ser que en esta ocasión Jesús se haya equivocado?

Vas pensando en todas estas cosas cuando un hombre de aspecto bastante sospechoso te corta el paso.

—Perdona, ¿eres tú Judas Iscariote, uno de los apóstoles del Mesías?

—¿Quién quiere saberlo? —le preguntas—. No parece una persona en quien se pueda confiar, la verdad.

—Soy alguien que viene a convertirte en el hombre más importante de la historia de la humanidad, en la herramienta para que todos los seres humanos puedan redimirse del pecado original y conseguir la vida eterna —te responde.

—Oyéndote hablar diría que eres ese demonio al que mi maestro tantas veces ha derrotado ante nosotros. ¡Vete! —le gritas—. ¡No conseguirás tentarme ni hacerme caer en tus engaños. Solo Jesús puede salvar a los hombres de la falta cometida por Adán!

—Todo lo que has dicho es verdad, pero en esta ocasión vengo a ayudar a tu maestro, no a perjudicarlo. Piensa en esto: para que se cumpla la profecía tiene que morir crucificado y resucitar, pero eso, tal y como ibas pensando hace un momento, no sucederá si no se le acusa antes de un crimen lo suficientemente grave para que los sumos sacerdotes puedan llevarlo ante Pilatos y este lo condene a muerte. Es ahí donde entras tú. Sé de buena tinta que eres el discípulo más fiel del Señor y que harías lo que fuera por él. Por eso te lo propongo a ti y no a ningún otro.

Y tiene razón el diablo: harías lo que fuera por Jesús. Aunque esto... Estamos hablando de traicionarlo, de dar falso testimonio contra él y de hacer, a fin de cuentas, que lo maten de una forma cruel y brutal.

—Lo sé —dice el demonio—. No quieres hacerlo. Pero insisto: si no lo haces tú, ¿crees que lo va a hacer otro? Tiene que ser alguien cercano a él, alguien de quien los jueces no puedan desconfiar, alguien que haga la acusación creíble para que Pilatos no tenga ninguna duda. Tus compañeros no tienen el valor suficiente y lo sabes perfectamente. Tienes que ser tú.

—¡Cállate ya! —le vuelves a gritar, aunque esta vez con más rabia—. Lo he entendido. Me estás pidiendo que mate al hijo de Dios, a mi mejor amigo, y que de paso me condene por toda la eternidad. Ni más ni menos.

—Sí, ni más ni menos: él muere pero resucita, tú debes traicionarlo y condenarte por toda la eternidad. ¿Pero eso qué importa? ¿No es de eso de lo que va vuestra misión: de conseguir el bien de los demás sacrificándoos vosotros? Predicáis que hay que consagrarse a la humanidad, ¿acaso vas a renegar de ello cuando más necesaria es tu implicación? Jesús lleva tiempo preparado para cumplir con su parte, pero solo podrá hacerlo si tú cumples la tuya.

—¿Por qué haces esto? No creo que te mueva la salvación de la humanidad y mucho menos que tu intención sea ayudar a Dios. ¿Me equivoco?

—Bueno —te contesta el diablo—, soy consciente de que mi fuerza no basta para obstaculizar el plan de la providencia divina. Ahora bien, puedo cooperar con ella poniendo al discípulo más fiel de Cristo ante este doloroso dilema. Causarte dolor, causarte un sufrimiento inhumano que te acompañe durante tu condenación eterna, esa es mi gran recompensa. ¿Te parece poco?

—¡Cállate, maldita sea! ¡Cállate! —le gritas por tercera vez mientras escapas de él en dirección a la casa de Jesús.

Entras rojo de rabia y con unas lágrimas en los ojos que te limpias para ver a tu maestro mirándote fijamente. Entonces, cuando vas a empezar a explicarle lo que te ha sucedido, se te adelanta y te dice:

—Lo sé, hijo mío. Lo sé todo. Lo único que puedo decirte es lo mismo que yo le diré a mi padre dentro de unas horas en el huerto de Getsemaní: “no se haga mi voluntad sino la tuya”.

La pregunta está muy clara: ¿cuál es tu voluntad?<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Basado en el texto gnóstico del siglo II d.C. conocido como *El Evangelio de Judas*.